JAVIER CERCAS

Contra la esperanza

"En eso consiste nuestra maldición: que siempre hay demasiadas razones para la esperanza"

En uno de sus ensayos más celebrados afirma Montaigne que, dado que no tenemos ningún poder sobre el porvenir ni sobre el pasado, el error más común de los hombres consiste en vivir pendientes del futuro, en ser incapaces de aferrar el presente y enraizar en él. “El temor, el deseo, la esperanza”, escribe Montaigne, “nos proyectan hacia el futuro y nos arrebatan el sentimiento y la consideración de aquello que es, para que nos ocupemos de aquello que será, incluso cuando ya no estemos”. Para Montaigne, que consideraba la tristeza el peor vicio que existe y la pasión más cobarde y vil, y que por eso combatió el prestigio pestilente de que gozaba en su época (más o menos el mismo del que goza en la nuestra), ésta es la causa de todas nuestras desdichas: nuestra incurable propensión a vivir en la esperanza del futuro, y no en la realidad del presente, que es la única realidad. “Nunca estamos en casa”, concluye Montaigne. “Siempre estamos más allá”.

Hablemos de Anna Semiónovna, madre de Víctor Pávlovich, una vieja doctora judía que ha sido recluida por los nazis en el gueto de una ciudad ucraniana. Segura de que va a ser asesinada junto con sus desventurados compañeros de cautiverio, Anna Semiónovna escribe una carta de despedida a su hijo, y en ella anota algunas cosas extrañas que ha observado en el gueto durante aquellos días previos al exterminio. Ha descubierto, por ejemplo, que las personas que antes de entrar en el gueto parecían más bondadosas son en realidad las más malvadas, y que las personas que antes de entrar en el gueto parecían más malvadas son en realidad las más bondadosas. Y anota también lo que en aquel momento le parece más extraño de todo: que el gueto es el lugar más desdichado del mundo no porque en él no haya ninguna esperanza, sino porque “en ningún otro lugar del mundo hay más esperanza”. En aquel agujero sin redención circulan incansablemente, en efecto, todo tipo de rumores y noticias que prometen la salvación de los judíos o que la esperanza de los judíos interpreta como indicios seguros de su inmediata liberación, y Anna Semiónovna observa con perplejidad que “cuanto más optimistas son las personas, más ruines y egoístas se vuelven” y que “cuanto menor es la esperanza de sobrevivir de un hombre, mejor, más bueno y generoso es éste”.

La esperanza no es solo, como para Montaigne, la fuente de nuestras desdichas; también es la fuente de nuestra maldad: Montaigne, creo, hubiera aplaudido el matiz. Y para rematar el problema debemos constatar que no hay nada más difícil que luchar contra la esperanza, porque está inscrita en nuestra naturaleza, porque nace del instinto y no de la sensatez.

Así que en eso consiste nuestra maldición: en que siempre hay demasiadas razones para la esperanza, porque no sabemos vivir sin esperanza.

¿La esperanza es lo último que hay que perder? Ni hablar: a menos que uno quiera vivir en la cobardía pestilente y catastrófica de la tristeza, lo primero que hay que perder es la esperanza.